

bores, y la gente que estaba en la plaza se dirigió al punto por donde el ruido venía.

—Ya llega el regimiento, —dijo el soldado. La vieja sintió que se le oprimía el corazón, estuvo un momento perpleja, y después hizo de pronto ademán de correr hacia la tropa.—Aguarde—le gritó el soldado cogiéndola del brazo,—aguarde; hágame este favor, si él os ve, estamos perdidos. ¿Quiere V. que lo encierren en el calabozo? Poco se necesita para eso: sólo se necesita volver la cabeza á la izquierda cuando hay que volverla á la derecha.

—Es verdad.

Y se contuvo.

—No se trata más que de esperar un cuarto de hora. Es bien poca cosa. ¿No ha aguardado usted dos años?

La mujer alzó la vista al cielo, suspiró, y después fijó los ojos inmóviles en la desembocadura de la calle por donde debía venir el regimiento.

El ruido de los tambores se aproxima. La multitud se abre en dos alas. Ya están allí los gastadores. Ya está ahí la banda de tambores, detrás la música, detrás el coronel á caballo...

—¿Y los soldados?—preguntó ansiosamente la vieja.

—Un momento. Entre el coronel y los soldados, siempre hay una docena de pasos. Miradlos.

La mujer se arrojó otra vez hacia el regimiento, y otra vez la detuvo el soldado.

—Por Dios santo, tenga juicio. ¿Se ha empeñado V. en que vaya al calabozo?

El regimiento formó en parada.

—¡Le he visto! ¡Le he visto!—grita la pobre vieja batiendo palmas.—Mírelo allá.

—¿Dónde?

La mujer le indica dónde.

—No es aquél, os engaÑais; de aquí no podeis conocerle; estamos muy léjos.

—Entónces es aquel otro.

—¿Cuál?

La mujer le indica cuál.

—No. Tampoco es aquél. No lo puede V. ver; está en segunda fila.

—¿En segunda fila?

—Sí.

—Y ¿qué quiere decir eso de segunda fila?

—Quiere decir detrás de los otros.

—¡Santa paciencia! —exclamó la mujer, pasándose la mano por la frente y suspirando. ¿Y qué es lo que hacen ahora?

—¿No lo ve V.? El coronel se ha puesto enfrente del regimiento para hacer un discurso. Antes de dar la medalla á un soldado se acostumbra hacer un discurso, en el cual se refiere cómo sucedió el hecho, y se dice á los otros soldados que sigan el ejemplo de su camarada, que

es un bravo militar, que ha cumplido su deber, que ha honrado á su regimiento, y otras cosas por el estilo. Oiga, oiga.

El coronel habia comenzado á hablar.

—No entiendo nada. ¿Qué dice?

—El hecho es éste. El soldado que debe recibir la medalla fué asaltado cierto dia por tres bandidos, que le dispararon tres tiros. No le dieron, ni se asustó. Descargó el fusil contra uno de aquellos asesinos, y lo dejó tendido en el suelo; al otro le clavó la bayoneta en el vientre, y al tercero le cogió el cuchillo que llevaba y se lo hundió en la garganta.

—¡Dios mio!

—¿Es ó no una hazaña?

—¿Y le han dado la medalla?

—Se la van á dar.

—¡Qué contento estará el pobre muchacho!

—Figúrese V. Todos sus compañeros le estiman y respetan. Sus superiores lo tratan como á un hijo; y lo merece. ¡Vaya si lo merece! Es uno de los soldados más valientes del regimiento. Hay muy pocos como él; os lo aseguro.

—¿Y dónde está ese soldado?

—Ahora lo llamará el coronel para que salga de las filas.

El coronel calló.

—Mire, mire—exclamó de pronto el asistente, haciendo volver á la campesina hácia la parte

opuesta del regimiento y señalándole las ventanas de una casa:—Mire cuánta gente hay asomada á las ventanas. Dentro de un momento palmotearán todos. Me han dicho que otras veces lo han hecho así, y ahora lo harán tambien.

Entre tanto, el soldado habia salido de filas, habia llegado adonde estaba el coronel, y se habia vuelto de frente al regimiento, por lo cual, la vieja, que miraba de frente á los soldados, no podia verle la cara.

—¿Es aquél el soldado?

—Sí.

—¿Y qué hace ahora?

—¿No lo ve V.? El coronel le pone la medalla en el pecho.

—¡Oh, Virgen santa! El corazon me salta de regocijo por él. ¡Pobre muchacho! ¡Qué contento debe estar! Y ahora ¿qué hacen?

—Ahora todo el regimiento le presenta las armas.

—¿De veras?—preguntó la mujer maravillada.

—Vaya si es de veras.

—¡Oh, qué honor!—exclamó la buena vieja, juntando las manos y permaneciendo inmóvil en aquella actitud, con los ojos resplandecientes de regocijo, asombro y afecto. El coronel se volvió hácia el regimiento, y con voz fuerte, sonora y vibrante, que estremeció toda la plaza, gritó:

—Presentad las armas.

La mujer sintió como un escalofrío por todo su cuerpo, se aproximó al soldado, y se agarró á su capote, como si tuviese miedo.

A la voz del coronel, los cuatro comandantes del regimiento se volvieron á sus respectivos batallones y repitieron con enérgico acento la órden de «presenten armas.»

En un solo punto, como si estuviesen movidos por un solo brazo, mil doscientos fusiles se levantaron del suelo relampagueando, y resonaron simultáneamente, golpeados por mil doscientas manos; y todos los semblantes permanecieron inmóviles, y todas las miradas se clavaron en el soldado. Los oficiales saludaron con el sable. La multitud de los espectadores rompió en aplausos. La banda de música rompió á tocar tambien.

—Pero ¿quién es ese soldado?—exclamó la pobre madre asombrada, enternecida por aquel espectáculo magnífico y conmovedor.

El asistente se volvió, la miró, abrió la boca, exhaló una voz inarticulada, volvió los ojos al soldado, y los volvió de nuevo hácia la campesina...

La música continuaba tocando. El regimiento permanecía inmóvil.

—¡Pues es su hijo!—gritó el asistente.

La vieja dió un grito y estuvo un momento inmóvil, con los ojos asombrados y la boca abierta. Metió los dedos en sus cabellos blancos, sonrió,

gimió, sollozó. Aquellos aplausos, aquella música resonaban en el fondo de su alma como una armonía celestial; aquellos mil fusiles resplandecientes se confundían á sus ojos, formando un torrente de luz. Nublóse de pronto la razon, veláronse los ojos, vaciló... La socorrieron.

Cuando volvió en sí, el regimiento habia desaparecido. Su hijo le habia echado los brazos al cuello, y los dos corazones estaban tan apretados el uno contra el otro, que la medalla de plata hallábase comprimida entre ellos y en ambos pechos se clavaba. Estuvieron así largo rato.

—Pero ¿cómo es esto?—dijo el soldado al cesar aquel abrazo divino.—¿Cómo sabía V. que estaba aquí? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Cómo ha averiguado que en este día y á esta hora?...

La madre contó precipitada y afanosa que el día anterior un oficial á caballo habia ido á su aldea, que se habia detenido delante de su puerta, que le habia dicho dónde estaba su hijo, y le habia ofrecido darle dinero para que pudiera ir pronto á la ciudad en carruaje; y aquel dinero se lo habia dado, y ella habia venido, y habia encontrado en seguida á un soldado que, por encargo del oficial, estaba en la plaza esperándola...

—¿Dónde está ese soldado?

Miraron alrededor. El asistente habia desaparecido.

—Pero, ahora lo comprendo; mira,—continuó la campesina:—comprendo por qué aquel oficial quiso que viniese esta mañana; quería que viese yo misma...

Miró á su hijo, sonrió y lo abrazó.

—Quería que lo viese yo todo, y no me dijo nada, para sorprenderme, y el soldado estaba de acuerdo con él. ¡Oh, santo varón! Pero ¿cómo lo ha hecho para saber dónde estaba yo? Y ¿qué interés tenía en proporcionarme esta felicidad, si no me conocía? Dímelo tú, hijo mio.

El hijo pensaba.

—Pero ¿dónde está ese oficial? Yo quiero verle, yo quiero besarle la mano, yo le debo la vida; quiero presentarme á él. ¿No lo oyes, hijo mio? Condúceme en seguida ante él.

—En seguida,—exclamó el soldado despertando de la meditación que lo tenía absorto.

Y tomó de la mano á su madre, atravesaron la plaza con aire presuroso, siguieron la calle del cuartel, llegaron á él, se detuvieron á unos treinta pasos de la puerta, ante la cual estaban agrupados casi todos los oficiales, y la vieja comenzó á buscar ávidamente con los ojos, y el soldado á preguntarle con el ademán y con la palabra, buscando él también, instintivamente, sin saber á quién buscaba.

—¿Quién es? ¿Le ha visto V.? Señálemelo.

—No le he encontrado aún.

—Busque, busque.

—Aquél, mira, aquél que se apoya á la pared... No, no; desvarío; no es aquél, no es aquél. Más bien será aquel otro, aquel que enciende el cigarro... Espera que se vuelva. Espera... espera... No, no es él...

—¿Quién es, pues?

—¡Ah! Míralo allá; ahora estoy segura: aquel que ha puesto la mano sobre el hombro del compañero suyo que está á su lado.

—¿Qué dice V.?

—Sí, aquél, aquél es.

—¡Madre!...

—Estoy segura, te digo.

—¿De veras? ¿No se engaña? ¿Está V. bien segura?—gritó el soldado, aferrándose con la mano á su madre.

—Segura, como ahora es de día.

El soldado fijó los ojos en el capitán y permaneció inmóvil, contemplándolo.

Entre tanto, la madre, que más que en el capitán, tenía el corazón y el pensamiento en su hijo, se le agarró al capote, y cogiéndole la medalla entre el índice y el pulgar de la mano derecha, la acercó al rostro, la miró atentamente por arriba y por abajo, y dijo, sonriendo al soldado, que estaba aún inmóvil mirando al capitán:

—Pienso que en este mundo, después de tu madre... el objeto más querido para ti... será

éste;—y levantó la medalla todo lo que permitía la longitud de la cinta.

—No;—respondió su hijo sin volverse.

—¿No? ¿Y qué cosa puede haber en el mundo más querido para ti despues de tu madre?—le preguntó con una sonrisa afectuosa.

El soldado levantó el brazo, extendió el índice hácia el capitan, y contestó:

—Aquel hombre: ¡mi capitan!



ÍNDICE.

	Páginas
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	V
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	VII
ADVERTENCIAS.....	IX
Una jornada en estío.....	1
El asistente.....	13
El oficial de guardia.....	29
Hospitalidad.....	41
Una pedrada.....	63
La madre.....	83
El hijo del regimiento.....	107
Los amigos de colegio.....	193
Carmela.....	239
Día memorable.....	299
Una medalla.....	317

